

A romantic scene in a park. In the background, a man in a dark suit and a woman in a red dress are embracing under a large tree with golden autumn leaves. The scene is bathed in a warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise. In the foreground, there are vibrant pink and purple flowers. The overall mood is nostalgic and romantic.

*Julia
London*

*Ángel
tentador*

Alexander Christian, duque de Sutherland, ha hecho un paréntesis en las enormes responsabilidades que acarrear su título y su fortuna familiar. En su remoto pabellón de caza conoce a Lauren, una bella mujer a la que toma por una campesina y de la que se enamora al instante. La atracción y la afinidad entre ellos crece día a día, y Alexander no puede reprimir sus impulsos y la besa. Ambos tratan de olvidarse, hasta que vuelven a coincidir en un baile en Londres, y allí descubren sus verdaderas identidades.

Capítulo 01

Baviera, 1828.

Paul Hill sintió la primera punzada de verdadero pánico: una joven llevaba lo que él creía uno de los vestidos de su hermana. Y, si no se equivocaba, llevaba también un medallón de oro que él le había regalado a Lauren por su decimosexto cumpleaños. De pie en el vestíbulo frío y húmedo de un típico castillo gótico, Paul temió haber llegado demasiado tarde. Mientras la mujer buscaba a alguien que pudiera explicarle lo que él había querido expresar con su lamentable alemán, él no pudo evitar preguntarse una vez más si se vería en una situación en la que no pudiera ayudar a su hermana. Tragó saliva para deshacer el nudo de pánico que se le había hecho en la garganta, y pensó que debía haber una explicación perfectamente razonable de por qué aquella mujer llevaba la ropa y las joyas de Lauren, aunque, en aquel momento, esa explicación perfectamente razonable escapaba a su entendimiento.

Él se balanceó, apoyándose en el bastón para descansar la pierna mutilada. De no haber sido por el tiempo que había pasado hospitalizado, habría podido salvarla hacía dos años. Habría podido mantenerla y casarla mucho antes de que tío Ethan pusiera en marcha su detestable plan. Habría podido...

–Entschuldigen Sie, Herr...

Paul abandonó sus divagaciones e igualó la mirada de frialdad de un hombre encorvado por los años.

–He venido a por mi hermana –anunció, grandilocuente.

El mayordomo lo observó en silencio. Paul suspiró, frustrado: no tenía la facilidad de Lauren para los idiomas.

–*Meine Schwester*. Lauren Hill –recalcó Paul.

Al anciano se le iluminó el semblante de forma visible.

–¡Grafin Bergen! Se alegrará mucho. No sabíamos exactamente cuándo llegaría –respondió, en perfecto inglés, y sonrió mostrando tres dientes.

Sobresaltado, Paul se irguió.

–¡Exijo saber de inmediato dónde se encuentra!

El anciano juntó los labios al tiempo que se acercaba arrastrando los pies.

–No tengo el menor inconveniente en indicárselo –repuso sorbiéndose la nariz–. No tiene más que pedirlo. En estos momentos, está en los aposentos de los criados.

¡De modo que la habían obligado a servir, los muy bárbaros!

–Dudo que los aposentos del servicio sean el lugar idóneo para una condesa –espetó.

–Disculpe, señor, los aposentos del servicio se encuentran junto al ala norte del castillo –respondió el anciano, indignado, mientras abría la inmensa puerta forrada de roble.

Paul pasó por delante de él y avanzó lo más rápido que pudo en la dirección indicada. Al volver la esquina, oyó unas carcajadas procedentes de un edificio bajo de piedra levantado a lo largo de la contramuralla. Imaginando que Lauren estaba siendo sometida a la peor de las humillaciones, se llevó la mano automáticamente a la pequeña pistola que llevaba en un costado.

Su última carta, en la que le comunicaba la muerte de su marido, Helmut Bergen, parecía indicar que la situación en la casa era tensa. Al nuevo conde, el sobrino de Hel-

mut, Magnus, lo había contrariado el poco ortodoxo matrimonio de ella con el viejo aristócrata. No era de extrañar: su tío guardián, lord Ethan Hill, había dispuesto aquel matrimonio absurdo a cambio de la totalidad del patrimonio del anciano conde a la muerte de éste, una hazaña que había logrado con poco más que una dote. Maldita fuera, si algo le había ocurrido a Lauren, estrangularía a Ethan con sus propias manos.

Un coro de voces alemanas se alzaba al cielo color pizarra mientras Paul intentaba apretar el paso, algo casi imposible sobre el suelo de piedra mojado. Otra carcajada hizo que empezara a palparle el corazón y se abalanzase sobre la puerta que tenía más a mano. La abrió de par en par, agarrando con fuerza el pomo para mantener el equilibrio.

Fue como si hubiese abierto la puerta del cementerio, al otro lado de la muralla del castillo, y hubiese elegido su tumba. Rodeada de un grupo de personas, Lauren, de pie en el centro de la estancia, llevaba un sencillo vestido pardo y el pelo castaño oscuro recogido a la altura de la nuca y cayéndole descuidado por encima de un hombro. En el rincón, un hombre sobresalía de entre los demás, y su rostro reflejaba un tedio absoluto. A juzgar por la exquisita factura de sus ropas, Paul supuso que se trataba del nuevo conde de Bergen. Y Lauren le sonreía entusiasmada.

Como había temido Paul, pasara lo que pasase en aquella habitación atestada, su hermana era el centro. Y la condenada muchacha, sin duda, lo estaba disfrutando. Sin que nadie se percatara de su presencia, Paul se coló por la puerta. Casi había confiado en encontrarla al otro lado de los fríos muros de piedra, esperando ansiosa a que la rescataran. Pero no. Lauren no.

Se despedía contenta, y al mirar alrededor, Paul pudo ver que varios de los presentes parecían lastimosamente enamorados de ella. De su interminable monólogo en ale-

mán, tan sólo pudo inferir que les estaba contando, a uno por uno, que se marchaba.

Paul carraspeó con fuerza y logró atraer la atención de la sala. Lauren interrumpió por un instante su soliloquio y miró por encima del hombro. Una amplia sonrisa le iluminó el rostro de inmediato, y dando un grito de alegría, se abrió paso entre la multitud y se arrojó a los brazos de su hermano.

—¡Ay, Paul! ¡Cuánto te agradezco que hayas venido! ¡No imaginas las ganas que tenía de verte! ¡Te he echado tantísimo de menos! —Lloró y lo besó con vehemencia en ambas mejillas—. ¡Ay, señor, mírate! ¡Lo guapo que estás! —exclamó.

La cálida punzada de un rubor empezó a subirle a Paul por el cuello. En seguida la cogió de los brazos y la apartó de sí al tiempo que examinaba con cautela a los presentes.

—Yo también te he echado de menos. ¿Has terminado ya aquí? El coche espera —le dijo en voz baja.

La risa de Lauren era musical.

—Sí, deja que acabe de despedirme. —Se volvió hacia la multitud, sonriente.

El grupo le sonrió también. Todos salvo Magnus Bergen, claro, cuyo gesto ceñudo en su duro semblante le produjo un escalofrío a Paul. Cielo santo, era inmenso, y a juzgar por aquellos rasgos que parecían cincelados en piedra, no era un hombre feliz.

—¿Quién es éste? —preguntó Bergen en inglés con un leve acento alemán.

—Mi hermano Paul —proclamó Lauren, orgullosa—. *Mein Bruder* —añadió para información de los otros.

Se oyó una ronda de aspavientos, acompañada de amplias sonrisas.

—Vamos, Lauren —murmuró Paul—. Nos espera un coche de alquiler. —La cogió por el codo, con la intención de sacarla de aquella atestada estancia cuanto antes.

–Espera –exclamó Lauren–. ¡Me olvidaba de *herr Bauer!* –Se zafó de él y volvió a perderse entre la multitud, donde una especie de jardinero hurgaba en un tosco saco de cáñamo.

El hombre hablaba muy de prisa en alemán. La pequeña multitud se esforzaba por oír lo que decía. Nervioso, extrajo del saco una patata grandísima y se la ofreció con cariño, con una vocecilla que ya era casi un susurro.

Lauren se inclinó hacia adelante, muy concentrada; luego se incorporó y le sonrió, afectuosa. Bergen gruñó, impaciente, y cruzó los brazos sobre su vasto pecho.

–¡Ay, *Herr Bauer, danke shoen!* –exclamó ella, dándole una palmadita cariñosa en el brazo y haciendo que el jardinero se pusiera rojo como un tomate.

Paul ya podía añadir a los jardineros tontorrones a la lista de bobos enamoradizos a los que atraía su hermana. Desde que se había puesto tan guapa, los encandilaba a todos. Además de su recio y ensortijado pelo castaño oscuro y sus poco corrientes ojos azul cobalto que relucían como zafiros, tenía una sonrisa con la que podía desarmar fácilmente a un hombre; sin embargo, ella no parecía darse cuenta de la atención que despertaba y, si lo hacía, no le afectaba en absoluto. Paul jamás la había visto acicalarse ni coquetear de modo alguno. Lauren era exactamente lo que parecía, una mujer de lo más ingenua; tanto, que podía aceptar una patata como obsequio de un bobalicón sin apenas inmutarse. Era la persona más generosa que había conocido jamás, muy tolerante con todos y con todo.

Por Dios, cómo la necesitaban en Rosewood.

–¡Lauren! –la llamó Paul, impaciente. Con una sonrisa seductora y apretándose la patata contra el pecho, volvió obediente junto a Paul, despidiéndose con la mano y gritando sonoros *auf wiedersehen* y *leben Sie wohl* a los presentes.

En cuanto la tuvo a mano, Paul volvió a agarrarla del codo y tiró de ella.

Bergen salió del frío y húmedo edificio atestado de gente casi pisándoles los talones, mascullando algo en un alemán incomprendible mientras Paul se llevaba a su hermana, casi a rastras, al carruaje.

—¡Eso no es así! —exclamó Lauren a algo de lo que dijo el bávaro y le dedicó un gesto medio sonriente medio ceñudo por encima del hombro.

Paul intentó apretar el paso. Pero Lauren, que era una bendita, se detuvo en cuanto llegaron al patio y se volvió para mirar al hombre que en una ocasión había amenazado con sacarla de allí a la fuerza.

—¡Adiós, conde de Bergen! Has sido muy generoso, dadas las circunstancias, y quiero que sepas que te lo agradezco —concluyó con una respetuosa reverencia.

Bergen separó mucho sus enormes piernas y se cruzó de brazos.

—¿Así que te vas? —inquirió, ceñudo—. Pensé que teníamos un acuerdo.

Paul miró a Lauren de soslayo, dispuesto a discutir si hacía falta.

—¿Un acuerdo?

—Ah, eso. —Ella le restó importancia con un gesto de la mano—. Al conde de Bergen se le ha metido en la cabeza que debería quedarme a regentar la casa. Yo accedí a ayudarlo, pero sólo hasta que vinieras a buscarme. Y ya estás aquí, de modo que ya he cumplido mi parte del trato. —Sonrió a Magnus y asintió, resuelta, con la cabeza.

Él resopló.

—Bergenschloss te sienta bien. ¿Para qué vas a volver a esa granja cuando podrías regentar todo esto como quisieras? —insistió él, recorriendo figuradamente con el brazo el viejo muro exterior del castillo en dirección a la vivienda principal.

–¿Pretendes convertir a mi hermana en tu ama de llaves? –preguntó Paul a Bergen, malhumorado.

–¡No, claro que no! –espetó el gigante–. Bergenschloss necesita una ama y yo estoy fuera a menudo...

–Magnus, sabes que no puedo quedarme –le dijo ella, cariñosa.

–¿Por qué? –saltó él, furioso. Pero en seguida se interrumpió, y empezó a peinarse el pelo rubísimo con la mano mientras miraba fijamente al suelo–. Reconozco que he dicho algunas cosas de las que me arrepiento –añadió, nervioso–. Y no me extraña que quieras irte de aquí. Pero tú has traído... la alegría a Bergenschloss y yo... ellos quieren que te quedes –concluyó, señalando por encima del hombro al grupo de criados reunidos a su espalda.

Lauren sonrió.

–¡Qué tierno! Pero no puedo quedarme.

–Sí puedes –replicó Bergen con los brazos en jarras.

Sorprendentemente, Lauren se dirigió hacia donde estaba el gigante. El alemán la miró de forma extraña, tan extraña que Paul avanzó unos pasos y agarró con fuerza su bastón por si lo necesitaba.

–Ahora me necesita mi familia, ya lo sabes –le susurró Lauren, y entonces, para sorpresa de Paul, su hermana se puso de puntillas y besó al alemán en la cara–. Pero agradezco tus amables palabras.

Bergen parecía tan espantado como Paul y tardó un rato en reaccionar. Despacio, su rostro empezó a ensombrecerse mientras la contemplaba; en la mejilla, le latía un músculo de forma errática. Paul notó que contenía la respiración, a la espera de la explosión que estaba convencido que iba a tener lugar. Sin embargo, Bergen lo sorprendió meneando de pronto la cabeza.

–Quizá puedas venir a vernos –murmuró suspirando hondo.

–Me encantaría –accedió Lauren.

–Te vamos a echar de menos –añadió Bergen, malhumorado.

Ella se asomó por detrás del cuerpo inmenso de él y sonrió a los criados.

–Yo también os voy a echar de menos a todos, hasta a ti, conde de Bergen –dijo guiñándole el ojo, sonriente; luego dio media vuelta y se encaminó al coche–. ¿Estás listo, Paul?

Por supuesto, muy listo. Metió a Lauren en el carruaje que los esperaba y le dio la señal al cochero antes de que Bergen pudiera volver a abrir la boca. Cuando el vehículo se puso en marcha, Lauren asomó la cabeza por la ventanilla y siguió despidiéndose, agitando la mano, riendo al ver cómo los criados le gritaban palabras de despedida y se atropellaban los unos a los otros. Lo último que Paul vio mientras el carruaje cruzaba el puente, traqueteante, fue a Bergen siguiéndolos malhumorado con la mirada y con los brazos cruzados tensamente sobre el pecho.

Cuando al fin dejaron atrás las murallas del castillo, Lauren cerró la ventana y se acomodó en el ajado asiento de cuero.

–¡Ay, Paul, cuánto te agradezco que hayas venido! ¡Te he echado tantísimo de menos! Además, ¡ni te imaginas lo caprichoso que se ha vuelto Magnus Bergen!

Sí se lo imaginaba. Mientras avanzaban a trompicones por aquella carretera bávara casi intransitable, Lauren le habló, entusiasmada, de los últimos meses pasados en Bergenschloss, como si no hubiese sido una absoluta locura que renunciara hasta al último penique de su herencia, como si fuera completamente razonable que Bergen hubiera pasado de amenazarla con colgarla de los torreones a pedirle que fuera el ama de llaves de aquella monstruosidad llamada Bergenschloss.

–El conde de Bergen es un imbécil –dejó caer Paul en algún momento de la cháchara de su hermana–. No alcan-

zo a comprender cómo te las apañas para atraerlos a todos.

–El conde de Bergen no es un imbécil. Lo que pasa es que ahí arriba está muy solo. Él está acostumbrado a vivir en la ciudad, ¿sabes? Y, por cierto, yo no atraigo a..., bueno..., a imbéciles –añadió con desaprobación–. Oye, me parece que has crecido tres o cuatro centímetros –señaló cambiando en seguida de tema.

Paul sonrió tímidamente.

–Tres –admitió él, orgulloso.

–La señora Peterman habrá tenido que arreglarte todas las camisas para que te queden bien de los hombros. Estás estupendo.

Él se sonrojó.

–Bueno, supongo que he crecido desde la última vez que me viste. Me he habituado a caminar todos los días –confesó él, e inició un relato entusiasta de lo sucedido en los últimos dos años, repitiendo las mismas cosas que le había contado ya en sus innumerables cartas y explicándole todo lo que ansiaba compartir con su querida hermana mayor desde el día en que ella se había marchado de Rosewood.

No llegaron a Rosewood tan pronto como Lauren habría querido. Después de haber viajado varios días en diligencias mal ventiladas y en un desvencijado barco mercante, estaba ansiosa por llegar a casa y volver a ver a los niños.

–¿Seguro que los niños están bien? –le preguntó a Paul por segunda vez mientras la diligencia avanzaba a buen ritmo por una carretera llena de baches que serpenteaba por la campiña inglesa.

–La señora Peterman cuida de esos polluelos como mamá gallina. No permitiría que les ocurriera nada.

–¿Y Ethan? La señora Peterman me contó que estaba peor de la gota.

—¡De la gota! —resopló Paul con desdén—. A nuestro tío le encanta quejarse, eso es todo.

Lauren frunció el cejo y escudriñó a su hermano. Aunque insistía en que todo iba bien, por lo que le había contado, ella sabía que no era así. Paul contaba el dinero que llevaba en la bolsa todas las mañanas, y no necesitaba que nadie le dijera que la falta de apetito de su hermano era fruto de su escaso capital.

Sabía muy bien que había hecho lo impensable al desafiar a Ethan y ceder su herencia a Magnus. En aquel momento, había sido un gesto muy noble, pero empezaba a pensar que quizá hubiese pecado de impetuosa. El sentimiento de culpa fue apoderándose de ella, y se miró indecisa la puntera desgastada de las botas.

—Supongo que Ethan estará enfadado... —dijo ella.

—A lo hecho, pecho —señaló Paul. Hizo una pausa y la miró de reojo—. Pero ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué se lo diste todo a Bergen?

¿Por qué? Porque los dos años que ella había estado casada con el anciano conde habían sido una auténtica farsa, porque el anciano senil jamás le había puesto una mano encima, porque su herencia correspondía en realidad a la familia de Magnus. A él, para ser exactos.

—No me correspondía a mí. Tío Ethan hizo un trato, y yo no cumplí mi parte.

—¡Pues claro que sí! Te casaste con el viejo, ¿no?

Se casó con él por poderes, sí, pero el anciano conde, ya muy débil, jamás había entendido quién era ella.

—Ya estaba muy mayor y jamás me puso una mano encima. Ni siquiera llegó a conocerme. Mi parte del trato consistía en proporcionarle un heredero, pero nunca fui su esposa de verdad. De modo que no lo cumplí.

Paul se sonrojó un poco y miró al otro lado, por la ventana.

—¿Se quedó Bergen con tus cosas? He visto a una mujer con uno de tus vestidos...

—¡No, no! Ésa era Helga, la fregona. Le encantaba el vestido y, como no tenía nada que ponerse para la boda de su hermano, se lo regalé. Yo no lo necesitaba. —Rió—. En Rosewood, apenas salgo.

Paul no sonrió.

—¿Y el medallón?

—Lo perdí desgraciada pero justamente en una partida de cartas —le explicó, sonriente. Su hermano siguió mirando por la ventanilla, silencioso, demasiado silencioso.

Dios, ¿qué había hecho? Cuando había entrado en el estudio de Magnus con el documento por el que renunciaba a las propiedades y la fortuna de Bergen, casi había podido oír los alaridos de protesta de Ethan desde el otro lado del mar del Norte. Hasta Magnus la había mirado como si estuviese loca. Él había entendido, en cuanto había llegado de Suiza, lo que Ethan había hecho. Todo el patrimonio de Helmut a cambio de un heredero, ¡qué absurdo! El anciano senil ya octogenario había firmado sin pensar un documento por el que ella se quedaba con todo a cambio de nada. Magnus la había despreciado por aquella farsa matrimonial y ambos habían soportado aquella violenta situación durante muchos meses hasta la muerte de Helmut.

Al fallecer éste, Magnus se había hecho con el título y, libre al fin para decir y hacer lo que le viniera en gana, había tachado a Lauren de ladrona. Y con razón, según lo entendía ella. Ethan se había aprovechado de Helmut. Tan convencida estaba, que había ignorado las cartas de la señora Peterman, en las que el ama de llaves dejaba entrever la lamentable situación de Rosewood. Debía ignorarlas, porque no era ético que se apropiara de la herencia de Bergen. Como era lógico, Magnus había coincidido con ella. Ciertamente era que se había suavizado un poco en las últimas semanas, si es que un hombre con el corazón de piedra podía suavizarse, pero eso no había cambiado nada.

Hasta aquel preciso momento, momento en que se arrepentía de haber rechazado el que podía ser el único medio de subsistencia de Rosewood.

—Por todos los santos, tengo ya veinticuatro años —espetó, de pronto consciente de la gravedad de lo que había hecho—. Veinticuatro —repitió, gesticulando enfática—. ¿Cómo he podido ser tan impetuosa?

—No es culpa tuya, cielo —la tranquilizó Paul.

La inundó una ola de admiración. Cuánto quería a su hermano. Aún no había logrado dejar de sentirse culpable por su cojera. La fiel ama de llaves de Rosewood, la señora Peterman, sostenía la teoría de que Lauren no había podido perdonarse nunca el hecho de haber salido ilesa de aquel accidente, de haber discutido a sus nueve años con su hermano de cinco, quien finalmente se sentó junto al cochero, o de que Paul hubiera salido despedido después de sufrir el percance que le mutiló la pierna y acabó con la vida de sus padres. Además, a juicio de la señora Peterman, el sentimiento de culpa de Lauren era lo que la llevaba a esforzarse tanto por Rosewood. Lauren era menos romántica al respecto: se esforzaba porque amaba su hogar.

Durante los primeros años tras la muerte de sus padres, la finca había ido bastante bien, y Ethan había optado por criarlos bajo la máxima de «ojos que no ven, corazón que no siente». Paul había proseguido su formación en la escuela parroquial y a ella la habían sometido al severo tutelaje de la esposa de Ethan, *lady* Wilma Hill. La tía Wilma se propuso inculcar a su pupila toda la elegancia y el decoro femeninos de que era capaz. La vieja arpía logró su propósito hasta su fallecimiento, hacía ya diez años, y a Lauren le había ido muy bien en Rosewood. Muerta su tía, Lauren se negó a aprender una sola cosa más del arte de ser una dama y se inició en el estudio de cosas útiles, como técnicas agrícolas, citas y proverbios, e idiomas.

Sin embargo, con los años, la finca se había precipitado hacia el abismo de la pobreza. Mientras Ethan gastaba

la menguante herencia de los hermanos, como su estatus legal de tutor forzoso le autorizaba a hacerlo, Paul y Lauren vivían prácticamente al día. Las pocas tierras que les quedaban, de las que no se había apropiado aún la parroquia, pronto se tornaron sobreutilizadas e improductivas.

Había sido idea de la señora Peterman aceptar al primer inquilino diez años antes. Se llamaba Rupert, un pánfilo quinceañero y, al parecer, una vergüenza para su acaudalada familia. El vicario de la diócesis lo había dispuesto todo: a cambio de un lugar donde instalar a su hijo para perderlo de vista, el padre de Rupert ofrecía un estipendio que al menos les permitía llevar comida a la mesa. El trato había resultado tan provechoso que el vicario le había propuesto a la señora Peterman el alojamiento de huérfanos en la finca por un pequeño estipendio de la parroquia, con lo que había llevado más dinero a lo largo de los años.

Su tío había aceptado de muy buena gana las cantidades insignificantes que le proporcionaban los desafortunados muchachos y a Lauren le había satisfecho el trato, hasta que Ethan había convencido al moribundo Helmut Bergen de que aceptara una propuesta matrimonial por completo descabellada, valiéndose de poco más que un pequeño retrato de Lauren. Al principio, se había negado rotundamente, pero luego, bajo la insoportable presión de su tío, lo había hecho por Rosewood y por los niños.

¡Los niños! ¡Qué ganas tenía de verlos! Estaba Lydia, de pelo rojísimo y grandes ojos verdes, y Horace, que soñaba siempre con el día en que pudiera ser pirata de verdad. Luego estaban Theodore, al que le gustaban los libros tanto como a Lauren, y la pequeña Sally, una rubia preciosa que adoraba a Paul. Y, cómo no, Leonard, el querido Leonard, el más brillante y trágico de todos ellos. Nacido de una ramera de taberna, el pobre niño llevaba desde su nacimiento una marca color púrpura que le cubría media cara.